

Suma Paz Cap 1.
Elvira Sánchez-Blake

Elsa se levantó al alba. Al abrir la puerta de madera gruesa, la azotó una ráfaga de frío en pleno rostro. Observó la neblina extendiéndose sobre el fondo de montañas azuladas. De una bocanada aspiró la singular esencia de tierra mojada esparcida por la brisa mañanera. Escuchó el caudal del río en las cercanías y sintió la energía de su corriente que serpenteaba por entre valles y cañadas llevando en su lecho la memoria ancestral del Páramo de Sumapaz.

Escuchó el murmullo quedo de su hijo que anunciaba el despertar del día y pensó en todo lo que tenía que hacer antes de emprender la marcha de regreso a Bogotá. Echó otro vistazo al paisaje para apropiarlo y retenerlo en su memoria. El manto de niebla se difuminaba dando paso a un rayo de sol que se filtraba por entre los árboles. Más allá observó los nubarrones pesados que se transformaban en *cúmulos nimbos* presagiando tormenta. Respiró hondo y el aire frío del páramo penetró en sus pulmones. Se sintió renacida, lista para empezar el día. A lo lejos divisó a Carmenza bajando la colina envuelta en una ruana gruesa de lana de chivo. Cargaba dos grandes cantinas de leche recién ordeñada. Le hizo un saludo con la mano y la mujer le gritó, «Buenos días, doña Elsita».

Carmenza le entregó las cantinas y le ayudó a preparar el desayuno: huevos pericos con arepa, chocolate espumoso y una ollada de café. En ese momento empezaron a asomar los compañeros. Catalina y Juan Manuel somnolientos y en pijama saludaron: «Buenos días». Se oyeron los murmullos de los niños que se despertaban alborozados. Juan Manuel se sentó a leer un periódico que encontró en la mesa. Iván hizo su aparición con su pijamita roja: un dedo en la boca y la otra mano aferrada a su trapito. Sus rizos negros desordenados le cubrían la cara. «¿Ya se levantó papá?», le preguntó Elsa. Él apenas hizo un ademán negativo. Elsa y Catalina se sentaron con una taza de café y de paso aprovecharon para repasar las notas de la entrevista que le habían hecho a Mario el sábado, como parte del proyecto que adelantaban sobre Medio ambiente y Paz.

CATALINA Y ELSA HABÍAN LLEGADO con los niños el viernes anterior. Mario había dejado a Elsa con el pequeño Iván en casa de Catalina antes de las ocho. La idea era viajar temprano para evitar la congestión del fin de semana feriado. Aprovechaban que el domingo era el día de la madre y el lunes 13 de mayo era el día de la Ascensión. Celebrarían en grande.

Era la primera vez que viajaban solas con los tres niños. Se tardaban tres horas de camino para llegar a Cabrera por una carretera tortuosa que rodea la montaña hasta la cumbre de la cordillera. Durante el trayecto Elsa le confesó a Catalina que estaba preocupada.

—Imagínate que le ofrecieron un trabajo a Mario en Cali y él lo está considerando.

—¿Por qué? —inquirió Catalina. Ella sabía acerca de los múltiples proyectos que Mario y Elsa lideraban y no se imaginaba el caos que provocaría su partida.

—Yo le dije que estaba de acuerdo, aunque me muero de pensar en la sola idea de irnos. Imagínate, dejar a Sumapaz y a los amigos. Espero que sea algo temporal.

Esa confesión significaba que había pasado algo y que estaban preocupados. El Centro de Investigación y Educación Popular, Cinep, donde trabajaba Mario, se ocupaba de denunciar las violaciones de los derechos humanos ante los organismos internacionales. Sabían que estas denuncias causaban mucho malestar y había señalamientos en contra de funcionarios del Cinep. Además, sobre la cabeza de Mario pendía la amenaza nunca resuelta de los tiempos en Tierralta, Córdoba. Él había tenido que huir, luego de que los paramilitares de la Casa Castaño lo amenazaran de muerte y ejecutaran a su amigo y compañero, el padre Sergio Restrepo Jaramillo. Todos sabían que su trabajo entrañaba una suerte de riesgo permanente.

«¿Y ustedes solas?» —les preguntó el fiel Guillermo, el guardabosques, cuando las vio llegar al sitio donde dejaban los carros. Se sorprendió de verlas sin sus maridos, con el cargamento y los chiquitos.

Por el camino se encontraron con los vecinos de la región. Todos las saludaban alborozados. Los abrazos y expresiones de cariño eran la norma. Se sentían acogidas. La pregunta de rigor era, «¿Don Calderetas cuándo llega?» La llegada de Mario era largamente esperada porque él se ocupaba de los enfermos y de los sanos; de las rencillas y de las disputas; de los bautizos y de las bodas. Él tenía la palabra apropiada para casos conflictivos y la copita para sellar las paces. Era el Obispo de Oriente y Caballo Viejo, el profeta y redentor, y como tal era reconocido en los círculos que lo rodeaban.

Elsa y Catalina llegaron a la casa. A pesar del esfuerzo de la subida se hallaban listas para empezar los preparativos del fin de semana. Abrieron puertas y ventanas y se distribuyeron tareas del acondicionamiento del lugar. La casa era una construcción de madera rústica de dos pisos. La primera planta estaba distribuida en cuatro recámaras que se comunicaban entre sí, mientras que en la parte superior había dos habitaciones amplias y un baño. En el centro se hallaba una cocina rústica que se abría a una sala-comedor amplia en medio de la cual se erguía una chimenea.

Guillermo les ayudó a prender la chimenea. La lumbre ardería en forma constante con su chisporrotear de leña seca y su particular fragancia calentando los recintos y los espíritus de sus habitantes. Ellas se dispusieron a organizar los tendidos de camas y a preparar una ollada de sopa para la comida.

El sábado por la tarde salió un sol radiante y bajaron a la quebrada. Se bañaron en el agua helada y se confundieron entre risas y gozo tribal. El baño en el río era una ceremonia obligada para los miembros de la Red de la Reserva de Sumapaz. En aquel ritual se cimentaban sus doctrinas como ambientalistas, enamorados de la naturaleza, del aire, del agua, de los árboles y la neblina. Así lo consignaba Mario en su Manual de la República de las Aguas. Hacía parte de su misión como portadores del mensaje de sus ancestros muiscas, Bachué y de Bochica, seres legendarios a los que rendían culto a través de su activismo ambiental.

El río era esa serpiente sagrada que evocaba a Bachué. Era también un manantial de aguas claras y prístinas provenientes del páramo, surtida por los frailejones y las fuentes que nacen en la cúspide del cerro. Algunos de los compañeros se bañaban al natural; otros metían los pies simplemente, pero todos debían sentir el abrazo gélido del caudal que encierra el misterio del páramo de Sumapaz.

El ritual con el agua era fundamental en la Reserva de Sumapaz. «Cuando nos bañábamos en las cascadas heladas entrábamos en una especie de trance muy intenso donde nos conectábamos con el cosmos», relata Marisol. «Era una especie de locura controlada muy creativa que mostraba un espíritu intenso de conexión y sincronía. Frente al agua teníamos un respeto enorme. Desde esa época hablábamos de que la próxima guerra sería por este recurso que parecía inagotable, pero que no lo era. Veíamos toda la magia que las fuentes naturales ejercían sobre nosotros».

Esa noche Mario se retiró temprano. Era un comportamiento insólito que sus compañeros notaron con inquietud. «¿Qué le pasa a Mario?» Marisol cuenta que se quedaron como media hora más con el espíritu decaído y con el presagio de un mal augurio. «Pienso que él percibía algo, aunque no lo percibiera racionalmente», dice al recordar los eventos de ese fin de semana.

El lunes partieron después del desayuno. Los huevos pericos con chocolate y arepa fueron substanciosos para el cuerpo y alma. Catalina recuerda a Mario persiguiendo al pequeño Iván con un pocillo de huevo tibio, intentando en vano que el niño lo comiera. No podía creer que ese hombre que cautivaba con su don de palabra y su aura de heresiarca sucumbiera ante el poder de un niño de apenas un año y medio.

Antes de marcharse, Mario le pidió a Marisol que le leyera el Tarot. El Tarot salió fatal, solo espadas, se acuerda Marisol.

—Por favor, hazlo otra vez —pidió Mario.

Marisol lo lanzó de nuevo y salió igual: espadas.

—Las cosas están muy mal —le dijo.

Mario se quedó en silencio y pareció encerrarse en sí mismo olvidándose del entorno. Según Marisol, ese último instante que compartieron con Mario tuvo un elemento energético

extraño: «Hubo como una suspensión del tiempo, un letargo. Un no querer movernos. El tiempo se detuvo. Fue algo que no sé explicar».

Cuando llegaron a Cabrera les pareció extraño no ver a nadie en la plaza. Algunos de ellos se bajaron a aprovisionarse de frutas y golosinas que solían comprar en el mercado. Cuando notaron que la plaza se encontraba vacía recordaron los recientes eventos y comprendieron que era mejor seguir adelante. La caravana de carros se dirigió a Venecia donde se detuvieron en una tienda. Allí se tomaron un refresco con almojábanas y se dijeron adiós. Chao, chao, nos vemos. «Fue la última vez que los vi», recuerda Claudia.

El retén

El cielo se oscureció y los nubarrones amenazaban con desplomarse de un momento a otro. Empezaron a caer goterones. Antes de tomar la troncal se encontraron con un retén militar a la salida de Venecia. El procedimiento habitual era revisar que llevaran los documentos en regla. Sin embargo, los oficiales detuvieron el *jeep* y les pidieron a Mario y Elsa que se bajaran. Mario trató de resistirse. La lluvia arreciaba y las ráfagas de viento golpeaban con intensidad.

—No hace falta, mi teniente. Aquí tiene los papeles del carro.

—Haga lo que le digo, esta es una requisita oficial.

Elsa le hizo cara de paciencia, mientras abrazaba al niño y lo cubría con un impermeable para protegerlo de la lluvia. Los militares se demoraron en la requisita de Mario, que chorreaba sin protección alguna. Luego escudriñaron detalladamente el campero. Elsa detectó que había algo más. Esta no era una requisita común: el oficial hizo abrir la cubierta y anotó el número de motor, las placas y el modelo del vehículo.

Mario puso cara de pocos amigos cuando el uniformado finalizó la requisita y le preguntó sus datos personales: cédulas de identidad, números de teléfono, dirección de domicilio, ocupación de los dos, sitios de trabajo. En su habitual tono de bromista, Mario se atrevió a desafiar:

—¿Qué más quiere, mi teniente?, ¿la declaración de renta?, ¿el certificado judicial?

—¡Obedezca! —ordenó con voz grave.

Mario se rio con sarcasmo y le dio los datos que pedía. El hombre los anotó en una libreta.

Cuando arrancaron Mario estaba descompuesto. «¡Qué bruto, qué bruto! ¡Cómo fui a darles la dirección!». La preocupación aumentó cuando se percataron de que al resto de compañeros los dejaron pasar sin problema.

Catalina y Juan Manuel se dieron cuenta de que los habían detenido y los esperaron más adelante. Cuando los alcanzaron les contaron lo sucedido. Elsa dijo, «lo más raro fue que nos preguntaron la dirección de la casa. Les dijimos que éramos de la Reserva de Suma-Paz». Todos quedaron consternados.

Se despidieron y emprendieron el trayecto a Bogotá en silencio. Elsa advirtió el desasosiego de Mario. No era la primera vez que lo veía así. Desde hacía un tiempo, sospechaba que los seguían. Había tipos que se aparecían de pronto al salir de la oficina o gente que los miraban desde autos misteriosos con caras de pocos amigos. Mario le contó que unos de los vecinos de la zona lo habían prevenido. Andaban preguntando por ellos y por sus actividades en Sumapaz. Tras un rato de silencio, Mario exclamó:

— ¿Sabes? Creo que voy a aceptar el puesto que me ofrecen en Cali.

Elsa estuvo de acuerdo. Con esa convicción que les daba una seguridad efímera, y en medio de un aguacero despiadado, llegaron a su apartamento al caer la tarde.

Esa noche Mario llamó al padre Javier Giraldo y le dijo:

—Javier, se me fueron las luces. La embarré por haberle dado mis datos al Ejército. Pienso que estoy en peligro.

Javier, un hombre de temperamento calmado, se alteró muchísimo. Le respondió,

—¡Tienen que salir ya del país! Esto no es chiste.

Esa misma noche Javier empezó a hacer los trámites para sacarlos del país, pero no le alcanzó el tiempo.
